

LA COMUNIÓN DE LOS ÁNGELES

La comunión de los ángeles

Tetralogía
Almas gemelas
Tercera parte

J. Alfredo Díaz García

VERSIÓN DE EVALUACIÓN de 3 capítulos 05-2016

Esta es una vista previa de la obra original, con la presentación de los tres primeros capítulos del primer tomo de esta novela, por cortesía del autor, que puede ser descargada de forma gratuita en su sitio web

Copyright © 2004 Jesús Alfredo Díaz G.

©La comunión de los ángeles

Tetralogía Almas Gemelas, Tercera parte.

Copyright © de esta edición: 2012

All rights reserved.

ISBN10: 1478250432

ISBN13: 978-1478250432

Publicado por CreateSpace

Colección El Guardián del Faro.

Diseño de portada. J. Alfredo Díaz G. y Gustavo Adolfo Díaz G.

J.Alfredo.Diaz.Garcia@gmail.com

alfredodiazgarcia@hotmail.com

www.alfredodiazgarcia.com

Los lugares, personajes y hechos narrados en esta novela son totalmente imaginarios. Cualquier similitud o coincidencia con situaciones reales será simple casualidad.

Queda prohibida, salvo cualquier excepción prevista en la ley, toda forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra, sin contar con la autorización expresa del titular de la propiedad intelectual. La contravención de los derechos señalados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

jadg3.3-1605

Tetralogía
Almas gemelas

Tercera parte

La tetralogía

Almas gemelas está compuesta por cuatro novelas:

Primera parte
Faysal Al Akram, El jeque

La trama transcurre entre los años de 1075 al 1094, principalmente entre la confluencia del río Jabur con el Éufrates, en Siria, y los territorios del reino bizantino de Trebisonda, en el sur del mar Negro, península de Anatolia. Trata de la juventud del jeque Faysal al-Akram y la de Farsiris al-Amira, los padres de Amina Alya.

Segunda parte
Amina y Záhir, dos almas gemelas.

Amina y Záhir, dos almas gemelas trata de una búsqueda y la relación a que llevará entre dos jóvenes de diecinueve años: un cristiano y una musulmana que tienen grandes dones de videncia y capacidades paranormales. Transcurre entre el 1096 hasta el 1132 en el marco histórico de la Primera Gran Cruzada, entre España, el río Éufrates en Siria y los territorios del Imperio Bizantino del sur del Mar Negro, en lo que fue la imponente Trebisonda (Trabzon, en Turquía), la ciudad de los palacios, los techos dorados y las hermosas princesas. Una novela llena de aventuras y desventuras para los dos jóvenes, en un tórrido romance con cierta dosis de delicado erotismo en las relaciones entre

Záhir y la sensual y explosiva Amina. Debido a la extensión de la obra, que llegó a las 3000 páginas, la edición impresa se ha dividido en cuatro tomos.

Tercera parte
La comunión de los ángeles.

Época actual. Natalia, una silenciosa joven enferma, embarazada y de oscuro pasado, es acogida en un convento de monjas que encierra ocultos secretos. Allí da a luz una niña a la que ponen por nombre Angelines. La hermana Teresa llega nueva al convento y se le asigna el cuidado y educación de la niña. En esa ocupación va siendo testigo de hechos sorprendentes e inexplicables, que la sumen en grandes contradicciones que no se atreve a compartir con nadie.

Unos años después, la hermana Teresa está a cargo del grupo de colegiales con los que la niña va a realizar la primera comunión. Pero siente una gran inquietud causada por algo muy trascendental que solo ella conoce que va a ocurrir ese día.

Cuarta parte
Amanón, el espíritu de la selva

En la actualidad, unos pocos años después de los sucesos de *La comunión de los ángeles*. Está ambientada en La Gran Sabana y las selvas del sureste de Venezuela y Brasil, en las inmediaciones del imponente Monte Roraima y el Kukenán-tepuy.

*El escritor ve un ángel
donde los demás no ven nada.*

Alessandro Baricco

*Algunos ven un ángel
en donde los demás solo ven
un ser humano.*

Índice

| | |
|--------------------------------------|----|
| CAPÍTULO 1 | 17 |
| Alumbramiento y anunciación | |
| CAPÍTULO 2 | 23 |
| La entrega de guardia en el hospital | |
| CAPÍTULO 3 | 41 |
| Una mujer muy especial | |
| Un breve retrato social | 42 |
| Angelines | 43 |
| La llegada al convento | 48 |
| Aquella tarde de verano en el río | 56 |
| Un juego muy peligroso para un bebé | 65 |

CAPÍTULOS QUE NO SE PRESENTAN EN ESTA VISTA PREVIA

| | |
|---|--|
| CAPÍTULO 4 | |
| Encuentros casuales que nos cambian la vida | |
| El griego | |
| Unos ojos fríos | |
| La sesión de fotografía | |
| La preocupación de la hermana Teresa | |
| CAPÍTULO 5 | |
| Las presentaciones | |
| La hermana Sabina y Natalia | |
| La reverenda madre superiora | |
| CAPÍTULO 6 | |
| Las cosas de cada día | |

La niña no pudo dormir
El rostro de Dios
Inicio del sermón sin final

CAPÍTULO 7

La plática en la cocina
El gato herido
La curación fue total

CAPÍTULO 8

Del hoy y del ayer
El imposible tomate maduro
Los tiempos cambian
Las malas noticias
La singular estatua

CAPÍTULO 9

La conversación con Natalia
Los lugares de poder
Las apariciones divinas

CAPÍTULO 10

¿De qué esperanza hablamos?
La verdadera fe y el camino del amor
La voluntad del hombre
Almas gemelas

CAPÍTULO 11

Esas cosas del tiempo
El misterio del convento

CAPÍTULO 12

El conocimiento del hombre y su ignorancia
Las decisiones humanas y la intervención divina
Los caminos del hombre
La grandeza del hombre
Sobre la vida y la muerte

CAPÍTULO 13

Las reflexiones de la hermana Sabina

Conversaciones de gran altura para una niña
Un lugar en los corazones
Los malos entendidos
Algo sobre el nacimiento

CAPÍTULO 14

Sobre espíritus, almas y seres humanos
Ángeles entre nosotros
Del culto a los muertos

CAPÍTULO 15

Los secretos de la hermana Teresa
La materialización
Las rosas de los ángeles
Salvada en el campanario

CAPÍTULO 16

Todo tiene su tiempo
Se inicia la comunión
La despedida y vaticinio de la hermana Sabina
Alarma en el hospital
Las manifestaciones celestiales

CAPÍTULO 17

Y todo está consumado
Los preciosos detalles
La predicción de Eloy
Rosa encuentra el camino
El nombramiento
La decisión de Milena

CAPÍTULO 18

Siete meses más tarde
Los peregrinos

CAPÍTULO 19

La hora misteriosa y mágica
El callejeo nocturno
El músico celestial

Los deseos del hombre

CAPÍTULO 20

El rezo y la oración

La fuente del deseo cumplido

CAPÍTULO 21

En el interior de la montaña de cristal

APÉNDICE

Poema

CAPÍTULO 1

Alumbramiento y anunciación

La cabeza de la criatura fue apareciendo en una correcta presentación cefálica. La joven madre, sujeta a una baranda, de pie junto a la cama con las piernas abiertas y ligeramente acucillada, observaba su propio parto. Ella no quería perder ningún detalle de aquel único y mágico instante. Sabía muy bien que sería irreplicable para ella.

Dos mujeres vestidas con batas blancas la atendían de forma solícita. Una de ellas, la de menor estatura, con movimientos precisos sujetaba la pequeña cabeza que surgía cubierta de negro vellón, que no terminaba de pasar. Le indicó a la joven que pujara de nuevo, aprovechando una contracción. Ella lo hizo flexionando las rodillas otro poco.

La cabeza surgió algo más. Unas nuevas contracciones y la cabeza salió por completo. Se produjo también la expulsión de líquido.

Agachada junto a la parturienta, las manos experimentadas de la pequeña mujer realizaron unos suaves y hábiles movimientos en la siguiente contracción. Logró que saliera

un hombro del neonato, facilitando de seguido el suave deslizamiento del frágil cuerpo por el dilatado conducto vaginal, hasta que salió del útero materno en donde había permanecido enclaustrado durante nueve meses. Era una niña. La dejaron entre los pies de la madre, sobre blancos empapadores colocados sobre un mullido cojín.

La segunda mujer, alta y corpulenta, mediante succión manual extrajo restos del líquido amniótico dentro de las fosas nasales de la criatura. Mientras tanto, la otra colocó las pinzas al cordón umbilical para detener el flujo de sangre. Al cerrarse las tijeras quedó cortado, definitivamente, el lazo físico entre madre e hija. Ahora la recién nacida dependía exclusivamente de sus propios órganos para sobrevivir, y sus pulmones debían de comenzar a realizar su labor cuanto antes.

Vestida de monja, un poco apartada, aunque pendiente del mínimo detalle, una tercera mujer de más edad había estado rezando en silencio.

El neonato no daba muestras de iniciar la respiración de forma espontánea y no parecía ser vital. La madre pidió a su hija y la mujer corpulenta se la entregó solícita, mientras que la otra, todavía agachada, procedía a limpiar las piernas de la joven eliminando líquido y sangre.

La madre sostuvo a su hija con la mano izquierda bajo el cuello y cabeza, y la derecha en sus pequeñas nalgas, de cara hacia el techo como si la estuviera ofreciendo al Cielo. Contemplaba el sonrosado rostro como si se tratara de lo más sagrado en la tierra. Acercó su cara y sopló durante unos tres segundos sobre la pequeña boca y las diminutas naricillas.

La recién nacida suspiró, dio un breve respingo que

estremeció su cuerpo y sacudió las piernas y los brazos con energía. De inmediato, su pecho se movió al ritmo de la respiración que se iniciaba por sí sola. Abrió unos ojos grandes, que miraban con expresión que bien podía calificarse de curiosidad. Su mirada observó el rostro de su madre. Luego recorrió, uno por uno, los rostros llenos de asombro e incredulidad de las tres mujeres que estaban alrededor de ella.

La joven madre se acostó en la cama clínica ayudada por las otras dos. Sonreía satisfecha, abrazando aquel fruto de sus entrañas colocado sobre su pecho. Allí la criatura podría escuchar, otra vez, el rítmico y tranquilizador sonido del corazón de su madre que tan bien conocía.

Un remolino de aire se produjo dentro de la habitación. Las luces eléctricas titilaron y terminaron por apagarse. Los cerrados postigos de las ventanas se abrieron con violencia, aunque sin ruido, en ambos laterales del recinto. Una intensa luz penetró a raudales por todas ellas, e iluminó hasta el último rincón purificando todo.

Las dos mujeres de batas blancas y la monja quedaron boquiabiertas. Las tres pensaban que era imposible que el sol entrara por ambos costados opuestos al mismo tiempo y que, además, alumbrara desde el suelo hasta el techo. Por si fuera poco: era de noche. Instantes después, los postigos volvieron a cerrarse y aquella luz se apagó.

Las llamas de las velas que alumbraban un crucifijo vacilaron y estuvieron a punto de extinguirse; luego aumentaron de forma inusual, como si les hubieran agregado gasolina, para regresar después a su intensidad inicial, ahora mortecina después de tanta luz como hubo.

En aquella semioscuridad, en que quedó la habitación,

resultó apreciable el resplandor que surgía de los cuerpos de la recién nacida y su madre. Los olfatos de las tres mujeres se impregnaron de fragancias desconocidas. Al mismo tiempo, creyeron escuchar lo que les parecieron nutridos coros entonando cánticos que anunciaban, por los ocho puntos del universo, aquel nacimiento inusual.

El cálido y fluido resplandor aumentó.

Surgieron luces doradas en forma de rutilantes chispas que subían hasta el techo y luego bajaban, danzando en torno de madre e hija en un manso remolino.

Al contraluz que formaron se pudieron entrever dos altísimas figuras muy sutiles, casi traslúcidas, que parecían montar guardia a cada lado de la cama.

Las tres mujeres cayeron de rodillas persignándose.



Nueve años más tarde

CAPÍTULO 2

La entrega de guardia en el hospital

—Mujer, si son las siete en punto. ¿Qué te pasó hoy?

—Hola, Rosa. ¿Por qué lo preguntas con ese asombro, chiquilla?

—Porque no es para menos. ¿Tú, viniendo a recibir guardia antes de tiempo y en domingo? Tienes que haberte caído de la cama. Espero que no te hayas dado un mal golpe. ¿O peleaste con tu novio, otra vez?

—Vamos, chiquilla, quien te oiga puede pensar que me la paso de verdad en eso. Pues ni lo uno ni lo otro. Y mi relación con Manolo está muy bien. Para que lo sepas.

—¿Cómo va a ser? ¿No se llamaba Antonio?

—Ese fue el otro. Ya tengo casi seis meses saliendo con Manolo —respondió la recién llegada, con una seriedad que contrastaba un poco con su usual hablar de alegre tono con acento andaluz.

—¡Vaya! ¿Ya llevas más de tres meses con uno? Pues mira tú, yo no me había dado cuenta de que has madurado tanto.

—¡Pero bueno, Rosa! ¿Y a ti que te pasa hoy, mi alma, que estás tan burloncilla? Pregunto yo ahora, vamos. ¿Te

sacaste el premio gordo de la lotería y acabas de renunciar, o es que tienes el período atravesado? No, déjame que adivine. Ya que andas como unas castañuelas, debo suponer que te tocó estar de guardia anoche con el doctor Fernández. ¿O acaso me equivoco?

Rosa no respondió con palabras, pero rehuyó sus ojos y miró hacia los lados, discretamente, para asegurarse de que ninguna de las otras enfermeras que por allí andaban hubiera escuchado. Su enorme sonrisa, de oreja a oreja, fue de sobra elocuente.

—¡Ah!, vaya, conque es eso. Algo de adivinadora debo de haber heredado yo de mi madre. ¿Y cuándo vais a formalizar los dos?

—¡Ay, Milena! Qué más quisiera yo que formalizar algo con ese tío. Con lo guapazo que es —le respondió ella, abandonando el tono irónico que había tenido hasta entonces—. Me conformaría aunque solo fuera con informalizar alguito, cualquier cosa; pero al menos tener alguna relación o algo que se le parezca. Porque lo que es él, nada de nada, te cuento. Como si yo no existiera. Creo que estoy perdiendo el tiempo. Me siento un fracaso como mujer.

—¿No será que tú no le habrás hecho ver que gustas de él? ¿Estás segura de que has sido explícita en lo referente a tus sentimientos y pretensiones? Porque tú, por lo que yo he podido observar, chiquilla, en estos delicados menesteres de los amoríos eres un poquitillo remolona y mojjigata. Tú siempre andas esperando que sea el hombre quien dé el primer paso y te saque las castañas calientes del horno. Pero resulta que en estos tiempos en que vamos eso ya no se estila. A ellos también les gusta ver algo de iniciativa por

nuestra parte.

—No jorobes, Milena. ¡Qué remolona ni que ocho cuartos voy a ser! ¿Explícita, dices? Lo único que me ha faltado es colocarme delante de él y abrir las piernas como una puerta de bisagras batientes.

Milena soltó una carcajada ante la reacción de la otra.

—Mira que eres gráfica, Rosa. Tampoco me refería a tanto. Pero esto está más claro que el agua. Si a estas alturas, él aún no te ha invitado ni siquiera a un mal descafeinado en el cafetín del hospital, pienso que será mejor que vayas poniendo los ojos sobre otro candidato; porque, como tú bien lo has dicho, estás perdiendo el tiempo. Será muy guapazo el hombre, pero lo que es para mí, el tío es un desaborío total. Una lo que busca en un hombre no es el tipazo sino el sabor, y bastante necesitas tú de alguien que te lo dé en abundancia, chiquilla.

»Creo que voy a tener que llevarte a dar un paseílo por el sur, aunque sea tan solo para que conozcas bien Granada, Córdoba y Sevilla. Seguro que por aquellos lugares encuentras el hombre que necesitas, uno lleno de entusiasmo y de salero. Mejor aún si nos vamos a la Feria de Abril o al Rocío, que a ti los vestidos coloridos con volantes, *farolao*s y lunares te deben de sentar muy bien. Allí, por poco que te espabiles, por lo menos terminas la romería con pretendiente y montada a la grupa de fina jaca. Mientras tanto, chiquilla, si mi consejo te sirve de algo, vete sacando de tu mente a este doctorcito, porque nada bueno va a salir de ahí. Vas a sufrir y de eso ya tienes de sobra. Ya me pareció que tu alegría de antes, cortante como la navaja trapera de Curro Jiménez, era una tapadera que escondía la amargura.

Rosa apretó los labios, frunció el ceño y admitió las palabras de Milena.

—Tienes razón: yo me lo venía diciendo; me resistía a aceptarlo, por eso de que quizás mañana... ¿Entiendes, verdad? ¿Pero para qué engañarme? Tengo que ir buscándome a otro, definitivamente. Aunque me da dolor tener que desistir de este, te lo juro. Pero según mis principios fundamentales, más vale un pequeño dolor ahora que uno mayor luego, cuando será más difícil.

—Tranquila, chiquilla, que ya encontrarás otro tío mejor, no te afanes. Pero vamos para que me entregues la guardia y te largues de aquí. ¿O es que el asunto te tiene tan trastornada que no recuerdas ya que, el jueves pasado, me dijiste que este domingo tenías una misa a las nueve de la mañana? Que conste que yo no te estoy obligando. Y si tú ya cambiaste de idea o no tienes prisa por salir, por mi parte yo no tengo tampoco el menor inconveniente en darme una vueltecilla por ahí afuera, que está muy guapo el día. Me marcho y te dejo seguir con el turno otro ratillo. ¿Hasta las nueve te parece bien?

Milena lo dijo con tal expresión de picardía, que Rosa la encaró con los brazos en jarras.

—No me extrañaría nada de ti. Te creo bien capaz de hacerlo.

—Vamos, anda. ¿Cómo estuvo la noche, aburridamente tranquila o con algo digno de mencionar?

—Por aquí todo marchó con normalidad. Por urgencias fue distinto. Estuvieron bastante ajetreados con los diez heridos que trajeron de los tres coches que chocaron. Dos fallecieron y tres están en cuidados intensivos. Los otros cinco solo tienen heridas leves, por lo que he oído.

—Sí, escuché la noticia en la radio, cuando venía. ¿Y todo lo demás, igual?

—Todo tranquilo. Bueno... —comenzó a decir Rosa, pero se detuvo—. No, nada en particular.

—¿Bueno, qué? ¿Qué me ibas a decir?

Milena lo preguntó con cara de repentino interés. Ella era de las que pensaban que no hay nada mejor para escuchar que aquello que alguien quiere callar.

—Nada. En realidad creo que no tiene importancia alguna. Es que no estoy segura.

Milena, que entre sus virtudes no estaba la paciencia, no aguantó más.

—¡Mujer! ¿Qué diablos es lo que ni tiene importancia ni, al parecer, tampoco estás segura? ¡Escúpelo, venga, escúpelo ya!

—¡Ya va, ya va! No me presiones. —La apaciguó Rosa mirando hacia los lados con una sonrisa de circunstancias, pues una compañera que estaba más cerca se había volteado a mirarla. Bajando la voz continuó con la explicación—. Fue solo algo..., algo raro que sucedió en la cuatro-catorce.

—¿En la habitación del ángel durmiente?

Y ahora sí que el rostro de Milena mostró buena dosis de asombro y la más vívida curiosidad. Rosa dijo:

—En esa misma. ¿Pero por qué te empeñas en decirle así a la monja? Sabes que al director no le agrada para nada la colocación de motes a nadie, mucho menos a una paciente que se encuentra en ese infortunado estado.

Milena hizo un ademán displicente con la mano y dijo:

—Sí, lo sé, lo sé. Pero yo no me lo inventé, que conste. Fue obra, nada más y nada menos, que del doctor Domínguez. Él dijo una vez que esa muchacha era lo más parecido a

un ángel dormido que él pudiera llegar a imaginarse. Desde entonces hay muchos que le dicen así. Y creo haber escuchado que incluso el mismo director está enterado. En lo particular, a mí no me parece que esa expresión pueda ser considerada peyorativa en forma alguna. Todo lo contrario. Y no es una monja, sino una novicia, según tengo entendido, guapa, que tú de eso no sabes nada.

—Bueno, lo que sea. Aquí entre nosotras dos te diré que yo suelo quedarme mirándola. Ella llegó cuando yo comenzaba a trabajar en este hospital. Al principio sentí un tremendo sentimiento de pena y de dolor al verla tan joven, tan pálida, tan hermosa, sumida en esa suerte de vida vegetativa; si acaso vida se le puede llamar a eso; tendida en aquella cama, prácticamente muerta. Los primeros días me afectó mucho, como no tienes idea; pero luego decidí que prefería pensar en ella como una paciente dormida. Eso me hizo sentir mejor desde entonces.

—Rosa, sabes lo inconveniente que puede resultar el llegar a involucrarse de manera afectiva con los pacientes.

—Claro que lo sé, pero no me fue posible evadirme a la contemplación de ese rostro tan..., tan... No sé cómo describirlo, Milena. Te juro que yo lloraba cada vez que tenía que entrar en esa habitación. Trataba de calmarme para que la monja que le hace compañía no notara mi estado. Pero un día que ella había ido a los servicios y quedé a solas con la durmiente, sentí como si alguien estuviera a mi lado. Fue una presencia cerca de mí, una emanación muy cálida y apacible, amorosa como no puedes imaginarte, que me hizo salir de mi dolor.

»¿Puedes creerlo? Sentí que alguien me daba las gracias por mi interés y sentimientos, a la vez que, de alguna

manera, me hacía entender lo inútil de sentir esa pena. Fue como si me hubiera dicho que todo estaba bien, que las cosas tenían que ser de aquella forma. Desde entonces ya no me afecta tanto su contemplación.

—Bueno, chiquilla, tú siempre has sido muy sensitiva y empática, casi rozando en lo sentimental. Incluso yo diría que a veces eres sensibilera. Debes cuidarte de eso en relación con los pacientes, porque te puede afectar muy seriamente. Ya no eres una recién graduada.

—No te preocupes, Milena. Ahora lo que hago es hablarle como si fuera una paciente cualquiera. Me refiero a que la trato como si ella estuviera despierta y fuéramos conocidas de toda la vida. Son comentarios simples, tales como: «*Buenos días, está nevando afuera, ¿lo sabía? El sol luce radiante; no se imagina el calor que hace en la calle. Hoy he tenido un día difícil como no tiene ni idea; cosas del trabajo*». Y algún que otro traído y habitual «*¿Cómo se siente usted esta mañana, hermana Natalia?, ¿qué tal pasó la noche?*». Cosas así, comentarios triviales, pero que me distraen la atención alejándola de su condición de muerta en vida. ¿Y creerás que le he tomado cariño? Yo me imagino que si ella estuviera bien, además de su impactante belleza debería de ser una persona extremadamente dulce y amorosa.

—Sí, es una chica muy guapa.

—Un día encontré que, además de la acompañante, en la habitación estaba también una monja alta y de bastante edad, a la que recordé haber visto saliendo de allí en otra oportunidad. Después supe que era la madre superiora y que venía con cierta frecuencia. Ella miraba a la durmiente con una mezcla de amor y de dolor tan grande, que me sobrecogió. Fíjate que, por un instante, pensé que era su

madre. Yo, más bien como un comentario algo trivial, dije que me hubiera gustado muchísimo haber conocido a la joven, que me parecía que hubiéramos sido buenas amigas. Le pregunté cómo era ella antes. La monja me miró a los ojos con una fijeza inusual, sonrió y me respondió: *Ella era un ser extraordinario, alguien como solo un ángel puede ser.* Entonces se acercó hasta mí, me abrazó y añadió: *Yo estoy segura de que sí, hubierais sido buenas amigas las dos.*

»Al abrazarme puso una de sus manos en la nuca y me sobresalté por lo caliente que la sentí. Yo nunca he conocido a nadie con unas manos tan calientes como las de ella en aquel momento. Pero me sentí muy bien. Yo hubiese deseado que el abrazo se hubiera prolongado mucho más. —Rosa sacudió la cabeza haciendo a un lado aquellos recuerdos—. Como te digo, Milena: sigo hablándole a la paciente cada vez que puedo, pensando en que éramos viejas amigas.

Milena la observaba un tanto condescendiente.

—Rosa, Rosita, ¿hasta cuándo vas a estar en eso, chiquilla? Esa criatura se encuentra en un estado vegetativo persistente. Es cierto que su tallo cerebral sigue activo y que se mantienen en funcionamiento el corazón, el aparato digestivo, los pulmones y prácticamente todos sus órganos; pero no le funcionan las zonas cerebrales que gobiernan las funciones superiores del pensamiento y la percepción. Así que, por más que le estés hablando toda tu vida, ella no te va a escuchar nunca. Está más inconsciente que un vegetal sobre una tabla.

—Bien que lo sé, Milena, lo sé bien. Pero si eso no la ayuda a ella, que tampoco nadie puede asegurar, categóricamente, que las personas en ese estado no oigan

de alguna forma, al menos me ayuda a mí a sentirme algo mejor cuando la veo allí dormida.

—Pues nada, si a ti te ayuda eso, entonces léele hasta la prensa del corazón si quieres, chiquilla. Por mí no te vayas a parar. Pero termina de contarme. ¿Qué fue lo que pasó? Porque dijiste que fue algo raro y, lo que es aquí, de rarillo no sucede nunca nada. Espera. ¡No me digas que abrió los ojos!

—No, eso no. ¡Qué más quisiéramos!

—¿Entonces qué fue? Porque dudo mucho que pueda pasar algo en esa habitación, menos aún que sea interesante.

Rosa miró con cierta aprensión hacia los lados. Había varias enfermeras alrededor y no quería que pudieran llegar a escuchar lo que iba a decir. Agarró a Milena por un brazo y la llevó hasta un rincón, junto a una gran planta. Bajando la voz dijo:

—Está bien, te lo voy a contar. Pero extraoficialmente, ¿eh?, no como un reporte de novedades. ¿Entendido?

—Entendido, chiquilla. Ni que yo fuera reportera. Pero dale, que cada vez me intrigas más con el asunto. A mí esto de las esperas me mata. Mira que no compro lotería por no esperar por el sorteo. ¡Sigue! ¡Anda!

—De acuerdo —dijo Rosa volviendo a mirar a su alrededor, para cerciorarse de que nadie las escuchaba—. Todo ocurrió durante el inicio de la ronda de las cinco de la mañana. Yo caminaba por el ala sur, dirigiéndome a la habitación 414 para el chequeo de rutina. Al doblar el pasillo observé destellos y una fuerte luminosidad reflejándose en el piso, en el techo y en la pared opuesta del pasillo. Resultaba bien evidente que provenía de aquella habitación. En el primer momento me pareció que salía

a través del ventanal de observación. Pero era diferente de la luz emitida por una bombilla o un reflector, porque oscilaba, temblaba y se movía en la forma en que lo hacen los reflejos de las llamas. ¡Te juro que me asusté muchísimo!

»Lo primero que yo pensé, alarmada, fue: *¡Dios mío, se incendió la habitación de la monja!* Luego detallé que la intensidad y blancura de aquella luz eran mucho más propias de unos faros alógenos de coche, o de los reflectores de un campo de fútbol. Bueno, diciéndolo así me quedo corta. A pesar de la iluminación de los pasillos, fue como quedar deslumbrada por el sol después de salir de un túnel, por lo que no podía tratarse de ningún tipo de fuego. Con eso me tranquilicé un poco, ya que estuve a punto de salir volando y apretar la alarma de incendio. ¡Bendito sea Dios que no lo hice! Buena la que hubiera armado con una falsa alarma a esa hora. De aquella me despiden o...

—¿Y qué era entonces? —la interrumpió Milena.

—A eso voy, aguanta mujer, que a eso voy. Luego pensé que algo estaría haciendo la monja que siempre permanece en custodia junto a la durmiente. Pero recordé que esta noche ella no venía. En fin, cuando llegué a la altura de la habitación y fui a mirar por el ventanal, pensando que las cortinas estaban abiertas, entonces sí quedé perpleja. Milena, yo no podía salir del asombro. Adivina qué.

—¡Coño! ¿Qué? ¡Me tienes en ascuas, chiquilla! Termina de echar el cuento. ¿O esto va a ser una historia por entregas? Y además interactiva, que a cada poco te interrumpes y me preguntas.

Sabiendo que el detalle la impactaría, Rosa le soltó:

—Pues que las cortinas estaban corridas, Milena, bien cerradas. No pude ver hacia adentro. ¿Qué te parece?

—¡No me fastidies! ¡Esas cortinas no son de gasa quirúrgica! ¿Cómo dejaban pasar toda la luz que dices?

En su voz había asombro, mucha intriga y un tanto de suspicacia.

—No tengo ni idea, Milena. Pero eso no es todo. Me calmé cuando me alumbró aquella rara luz, que traspasaba el propio tabique de la habitación como si fueran rayos equis. Sentí sosiego, tranquilidad y una paz interior como no podría explicarte, además de un cosquilleo en todos los dedos. Luego escuché una música coral muy queda, muy suave, muy dulce; que provenía de muy lejos, pero salía de allí. Vaya contradicción.

—¿Luz que atraviesa los tabiques y música coral, Rosa?

El ceño de Milena mostró la incredulidad que sentía a esas alturas del relato.

—Como te lo estoy diciendo. Para que me puedas entender un poco mejor y darte una vaga idea, lo más cercano a que te puedo comparar la música es... a un canto gregoriano; pero entonado por todos los componentes en pleno del Coro del Tabernáculo Mormón, junto con todos los monjes y monjas que puedan caber en el Monasterio del Escorial y en el de Montserrat juntos. No eran voces masculinas ni tampoco femeninas.

Rosa detuvo su narración. Tenía la mirada perdida evocando el momento. Milena la miraba con ademán más que irónico y le dijo impaciente:

—¿Y tú qué demonios hiciste? ¿Te quedaste como una pánfila esperando hasta que terminaron o qué?

—¡Ya va, chica! Me pediste que te lo contara y eso estoy haciendo. Ahora que si tenías tanta prisa, mejor me hubieras dicho que empezara por el final y listo.

—Bueno, bueno, está bien. Discúlpame Rosa. Ya sabes lo impaciente que soy y lo poco que soporto los misterios.

—Vale. El caso es que yo estaba muy intrigada ante todo aquello. Te lo podrás imaginar, ¿verdad?

—Sí, Rosa, claro que me lo puedo imaginar.

En la voz de Milena hubo resignación. Rosa prosiguió:

—El susto inicial me había pasado y ahora lo que yo tenía era curiosidad. No es que sintiera ninguna gana de moverme de allí, bañada por aquella extraña luz y escuchando los cantos, te lo aseguro. Porque, como te dije, lo que en ese momento estaba experimentando era una paz, un sosiego y una tranquilidad que no puedo ni explicarte. Pero la curiosidad o alguna otra cosa me terminaron empujando, así que abrí la puerta despacio, muy despacio. Y adivina qué.

—¡Coño, Rosa! ¿Otra vez? No quiero adivinar, ¡quiero saber!

La otra se rio ante la explosión de ella, pero continuó en el mismo tono:

—Pues que, en el preciso momento en que yo giré el pomo de la puerta y la entreabrí, los cantos cesaron y la luminosidad se apagó. Aunque, para ser precisa, no puedo decir propiamente que se apagó, como ocurre cuando una aprieta un interruptor de luz y desaparece. Aquella rara luminosidad se encogió, se retiró, regresó y se escurrió hacia adentro de la habitación como si fuera algo vivo, y no me preguntes cómo, Milena.

Rosa lo dijo adelantándose a la intención de ella, que ya iba a abrir la boca. Prosiguió contándole:

—Yo solo sé que eso fue lo que sucedió, porque el fenómeno me llamó mucho la atención. Sin embargo, cuando entré estaba todo en orden. Y no, Milena, tampoco

había radio ni aparato de sonido alguno encendido ni siquiera apagado, de donde pudieran haber estado saliendo los cantos que yo escuché. Tú sabes muy bien que no los hay. Ni tampoco hay faros, reflectores ni ninguna otra fuente de luz que no fueran las tenues bombillas de costumbre; eso lo sabes.

—¿Y el ángel durmiente?

—Ella seguía en su cama, como siempre. ¿Dónde más iba a estar? Allí, sumida en su profundo sueño, ajena a todo. Tampoco en la lectura de los monitores había ningún registro que indicase anomalía de ningún género, o una actividad cerebral distinta de la hora anterior, de ayer, de anteayer o del año pasado. Nada fuera de lo absolutamente normal en su caso, si se le puede llamar normal.

Milena la observó de frente, con los labios y el ceño algo fruncidos. Le preguntó de sopetón:

—Y entonces despertaste. ¿Verdad que sí?

—¡Milena! ¿Qué quieres insinuar?

—Rosa, querida, dime la verdad. —Con tono meloso le pasó un brazo por los hombros, en forma conciliadora, acercándola hacia sí—. No estamos en el día de los santos inocentes, ¿cierto? Ni participamos en ningún concurso de cámara escondida, ¿verdad que no? Entonces, si no estabas durmiendo y todo lo soñaste, dime, sé sincera con tu vieja amiga. Y me refiero al tiempo que llevamos conociéndonos, que no por la edad, que conste. ¿Cuántos cafés negros bien cargados te tomaste anoche? ¿No habrás agregado una que otra pastillita, tú sabes, algún estimulantiillo para mantenerte despierta? Porque discúlpame, nena, pero tú como que estabas alucinando.

Rosa se apartó de ella con brusquedad. La miró de frente,

no de muy buenas maneras, y la increpó con dureza y de forma retadora.

—¡Milena, por el amor de Dios! ¿Cuándo en mi vida he tomado nada para evitar el sueño o para inducirlo? ¿Qué te pasa, mujer? ¿Ves tú? Por eso es que yo no quería contárselo a nadie.

—Vale, vale; está bien, discúlpame, chiquilla. No te pongas así, que no fue mi intención molestarte —cortó Milena tratando de ser lo más condescendiente posible ante el enojo de la otra—. Pero es que me suena tan fantástico el asunto que... ¿Tienes alguna explicación lógica para todo ese tinglado?

—Ni lógica ni de ningún tipo. ¿Por qué crees tú que no lo he reportado? Simplemente porque no puedo probar nada. Además, porque es tan fantástico que nadie me creería. A lo peor llegaban a pensar cualquier estupidez de mí. Y vaya que tenía razón. Si incluso tú me has mirado como si estuviera chiflada.

—Bueno, ya te pedí disculpas, chiquilla. Mejor tratemos de olvidarnos del asunto, porque ya tenemos suficientemente complicadita la vida, cuanto más como para agregar ahora tan extraños fenómenos sensoriales, extrasensoriales o paranormales, que vaya uno a saber la naturaleza.

—Por favor, Milena, no digas ni siquiera media palabra de esto que te conté. Si lo haces tendré que negar todo, rotunda, absoluta y categóricamente, desmintiéndote ante quien sea.

—Despreocúpate, Rosa, que no he oído nada. ¿Qué fue lo que me contabas, chiquilla? ¿De qué hablábamos?

—Júramelo, Milena.

—¡Córcholis! ¿Hasta esos extremos tenemos que llegar?

¿No habrás quedado algo afectadilla por toda la trama del asunto ese paranormal? —Mas al percibir que Rosa se iba a enojar otra vez ante la pregunta, se adelantó poniendo una gran sonrisa y añadiendo—: Pero nada, que sea como me pides. Te lo juro, mujer. ¿Eso es lo que quieres? Pues si es la única manera en que te vas a quedar tranquila, entonces te lo juro otra vez. Por mí que no quede. ¿Vale? ¿Asunto olvidado entonces?

—Sí. Gracias, Milena.

—De todos modos permíteme decirte que te veo algo rarilla. ¿Estás segura de que estás bien del todo?

—Sí, mujer. Solo tengo algo de dolor de cabeza y un poco de irritación en los ojos, quizás por la luz aquella o por el cansancio, no lo sé. Pero ya me tomé un ibuprofeno y me puse unas gotas de colirio en los ojos. Se me pasará pronto.

—Bien. Siendo así vamos a terminar con la entrega del turno, de una vez por todas. ¿Te parece? Para que te largues y no llegues tarde a tu misa, que me extraña bastante. No tenía idea de tu faceta de feligresa practicante.

Rosa, que estaba de a toque, estalló malhumorada:

—¡Qué feligresa practicante ni qué rábanos! En realidad no tengo ni prisa ni ganas de ir. Yo ya no sé ni por qué puerta se entra en una iglesia. Pero se trata de la primera comunión de mi único sobrino, así que es un compromiso, desagradable, más que otra cosa. A pesar de ello, hasta hace unas pocas horas no tenía intención alguna de asistir. ¡Que se fuera al traste todo!

—¡Caray! ¡Qué geniecillo te gastas!

—Pero hace rato pensé que si no voy, a mi madre seguro que le da un ataque, quizás por eso del único nieto. Y a mi hermana mayor un soponcio, lo menos. Para ellas sería un

desprecio mayúsculo, más que todos los desplantes que les hice hasta ahora. Solo me faltaba añadir esto a todos mis líos con ellas. Aunque, después de todo, ¿qué importancia tendría una raya más para un tigre?, como suele decirse. ¿No te parece?

—Yo pensé que no te importaba nada lo que dijeran.

—Así es. O así era, que ya no sé lo que veo ni lo que creo, desde el asunto de esta madrugada que, a ser sincera, aún me tiene desconcertada y algo aturrida. A mí no me interesan lo más mínimo esos actos religiosos, mucho menos el almuerzo y la fiesta que habrá luego. Ni tengo ganas de oírle la lengua a mi madre, o ser testigo de las estupideces a que acostumbran algunos de mis familiares cuando tienen unos tragos encima. Decidí ir hasta la iglesia tan solo para cumplir, estrictamente. Pero pienso llegar tarde, porque no quiero escuchar la misa ni encontrármelas antes de entrar.

»Con verme adentro de la iglesia, sin importar en qué momento lo haga, las dos se quedarán tranquilas. Una vez que termine el rollo le daré un beso a mi sobrino y me largo sin decir nada. Por lo demás, se supone que esa misa comience a las nueve, pero yo con llegar después del sermón voy sobrada. Últimamente no ando yo con ganas de oírles monsergas a curas rezongones. Solo puedo asegurarte que en este momento tengo intención de ir; que al final llegue ya será otra cosa. Ya luego veremos qué pasa. Pero dejemos ese tema porque me pone de muy mal humor, y además se acerca Victoria.

—¡Hola, chicas! ¿Qué se ha roto ahora? Debe haber sido algo gordo.

—¿Romperse qué? No sé a qué te refieres. —Dijo Milena.

—Es que por todas partes veo a los electricistas y técnicos

de mantenimiento, como si hubiera una convención. ¿Acaso se cayó anoche el sistema eléctrico?

Rosa dijo:

—¡Ah, ya! No, no se ha estropeado nada. Están desde ayer por eso de la onda electromagnética de la tormenta solar que viene. Se espera que su pico de actividad alcance a la Tierra con mayor intensidad en unas pocas horas. ¿No has visto la televisión?

—¡Qué va! Para nada. Ayer fue mi día libre y lo menos que hago es ver televisión. ¿Pero qué tiene de particular esa... tormenta solar?

—Aunque no se espera que en España pueda tener repercusiones importantes, de todos modos se aconseja tomar precauciones con los equipos eléctricos y electrónicos, en previsión de posibles interferencias.

—Imagínate, chiquilla —dijo Milena—, que esa tormenta hiciera que se cayera todo el sistema eléctrico de los quirófanos en medio de las operaciones, y que tampoco funcionaran los sistemas de respaldo.

—Bueno, eso sí que sería una putada. Menos mal que lo mío son las historias clínicas y el papeleo. Nos vemos ahora, chicas; voy a cambiarme.



CAPÍTULO 3

Una mujer muy especial

La hermana Teresa era una recia mujer de estatura mediana y andar algo pesado y lento, bien puesta en sus cincuenta y cinco años muy bien llevados. Desde la niñez, su fuerte constitución fue forjada en la fragua de las arduas labores del campo, dentro de la férrea, aunque amorosa, austeridad de una familia numerosa y de escasos recursos económicos. Ese día estaba a cargo del nutrido grupo de juveniles comulgantes, atenta a los mínimos detalles.

El reloj digital de pulsera, que miraba con frecuencia, marcaba las 07:20 de la mañana. Con los brazos cruzados observaba el cielo, que tenía ese particular color azul que todos los días le gustaría ver. Solo unos tenues cirros filamentosos andaban sueltos por aquí y por allá, y tendían a deshilacharse y a desvanecerse. La humedad era un poco alta, mas el día prometía ser claro y bien soleado, como lo tenía que ser un domingo para una ocasión tan solemne como aquella. Así que, segura de que no amenazaría lluvia, se dijo: «Veamos qué cosas suceden hoy», y trasladó su atención a las actividades que se desarrollaban.

Los casi cien niños que iban a realizar su primera comunión habían llegado a las siete, acompañados por sus padres, tal como se les pidió. La misa no comenzaría sino hasta las nueve, pero necesitaban esas dos horas para hacer el ensayo final y tomarse las fotografías.

Dos días de esa semana, durante varias agotadoras horas, habían estado practicando todo el ritual desarrollado para la mayor vistosidad de esa celebración de la Iglesia Católica. Mediante él, en las juveniles mentes quedaría un grato e indeleble recuerdo de ese particular momento de sus vidas. Simbolizando el misterio de la transformación del pan y del vino en el cuerpo y la sangre de Cristo, iban a recibir el sagrado Sacramento de la Eucaristía, celebrando la comunión por primera vez.

A pesar de que nada anormal sucedía, la mente de la hermana Teresa no lograba mantenerse enfocada. Estaba inquieta. Era raro, pero podía sucederle en ocasiones como aquella. Ella quería que todo el acto saliera a la perfección y que los niños tuvieran una experiencia grata, enriquecedora y perdurable.

No había razón aparente para su temor, porque todo parecía ir saliendo según lo planeado y dentro de los tiempos previstos. Los niños se veían animados, al igual que sus padres y familiares; los adornos y flores estaban completos y las cosas en su sitio. Precisamente, un hombre bajo y moreno, vestido con un mono azul, salía de la iglesia y se marchaba en la furgoneta de una floristería. Ella pensó que debía desechar de su cabeza toda preocupación y enfocarse en el acto.

Unas notas musicales sonaron dentro de la catedral. En el coro, situado al lado del presbiterio y elevado varios metros por encima del piso de la nave principal, docena y media de niños y niñas, dirigidos por la hermana Matilde, se encontraban listos para el último ensayo de las piezas corales que se cantarían durante la misa. La mayoría de ellas eran los temas clásicos, ya habituales y bien conocidos, pero un par de cantos serían de absoluto estreno. Fueron compuestos para la ocasión, uno por la propia hermana Matilde; el otro, por una de las alumnas integrantes de la agrupación coral del colegio. Tenía muy buena formación musical y estaba dotada de una particular inclinación y carisma para la creación y la composición lírica, como hacía mucho no se veía en alguien tan joven.

La hermana Teresa se dirigió hacia la parte trasera de la catedral. Allí notó que los dos fotógrafos, contratados por la asociación de padres, habían terminado de montar sus tenderetes cuales tiendas de feria. Colocaron los focos, reflectores, pantallas difusoras de luz y los fondos que consideraron más apropiados para el caso, según la creatividad el estilo y gusto de cada uno, conformando unos estudios portátiles dentro de los que serían fotografiados los niños.

Aquella era una modalidad que se probaba ese año y que era común en otras partes. También dispusieron algunos accesorios tales como misales y rosarios, ramilletes de flores, imágenes marianas e iconografías diversas, para ser utilizados en la composición fotográfica, según el gusto e

inclinación particular de cada quien.

La hermana Gertrudis, muy adecuada para mantener el orden debido a su gran estatura y corpulencia, fuerte voz y serio carácter, trataba de colocar a los inquietos niños y niñas en dos filas, a fin de repartirlos en igual número para cada fotógrafo.

Junto con las madres, ella realizaba arreglos de última hora, de manera solícita. Sacaba brillo en algún zapato sucio, acomodaba cuellos de camisas levantados y nudos de corbatas torcidos o alisaba vestidos. De igual forma tomaba un dobladillo que se descosió, aseguraba flores sueltas y ayudaba a rehacer alguna que otra trenza de cabello o algún rizo rebelde que, por las buenas, no quería permanecer en el sitio donde se lo requería.

Muchos de los niños se encontraban desperdigados todavía por aquí y allá, entretenidos en otras cosas. La hermana Teresa se acercó a una niña que estaba formada en una de las filas, y le dijo:

—Laura Cristina, querida, para yo no tener que ponerme a gritar en esta hora y lugar que, como comprenderás, no quedaría nada bien, ¿querrías, por favor, correr la voz? Dile a todos los que andan por ahí distraídos que vengan de una vez y se coloquen en las filas, para tomarse la fotografía, o no terminaremos nunca.

—Sí, hermana, no faltaba más.

—Y acércate hasta donde está sentada Angelines con Eloy y dile que ya puede venir.

—De inmediato, hermana.

La gentil niña se dirigió presurosa a cumplir el encargo.

Al igual que un bumerán regresa insistentemente al punto de salida, por más lejos que se lo arroje o fuerza que se ponga

en el empeño, la particular preocupación que ese día sentía la hermana Teresa volvió a ella, por causa de la niña a quien había mandado llamar.

La joven había permanecido sentada junto a un niño en un banco del exterior, conversando y observando el quehacer de los demás. Difícilmente estaba sola, pues sus compañeros daban constantes vueltas alrededor de ella, yendo y viniendo como las abejas que revolotean sobre una flor llena de néctar. Se levantó al ser llamada por su compañera y caminó hacia donde estaba la hermana Gertrudis, quien la colocó de primera en una de las filas para el fotógrafo. La hermana Teresa decidió acercarse.

La niña había entrado en los nueve años hacía poco. Era delgada y alta, con el cabello de un negro color azabache, largo hasta media espalda. El rostro tenía la tez blanca, más bien algo pálida. Destacaban las largas pestañas en unos grandes ojos brillantes y fascinadores, que miraban con cierta languidez. Con su usual dulzura, le sonrió a la hermana Teresa, quien le preguntó:

—¿Te sientes bien, Angelines?

Ella asintió con la cabeza, acentuando la sonrisa para reforzar su afirmación.

Teresa notó perfectamente la emoción y ansiedad que sentía la niña. Sabía bien que era debido a su particular expectativa. Eran solo detalles mínimos, que hubieran pasado desapercibidos para otra persona cualquiera; pero no para ella quien, por encima de cualquier otro ser humano, tenía la inigualable dicha de conocerla tan bien. Cuando el fotógrafo condujo a la niña hacia el sitio en donde debería de colocarse para ser fotografiada, Teresa retrocedió unos pasos y se quedó en la entrada del tenderete, sin quitarle

ojo de encima.

Un niño, que contaría diez años, alto y un tanto delgado, de carácter serio y reservado, quien había estado sentado con Angelines en el banco, se le acercó. Tiró ligeramente de su hábito, para llamarle la atención, y preguntó en voz baja:

—Hermana Teresa, ¿qué va a pasar hoy?

Ella quedó un poco confundida con la pregunta.

—¿Qué es eso de qué va a pasar hoy, oh? Hoy vais a recibir la comunión. Pero eso ya tú lo sabes.

—Eso no; lo que quiero saber es qué cosa especial va a pasar. Porque anoche soñé que, durante la misa de hoy, pasaría algo muy importante y extraordinario para todos los que estemos aquí.

—¿¡Ah, sí!? Pues, Eloy, yo nada sé al respecto; lo siento.

El niño quedó cabizbajo por unos momentos, como reorganizando sus pensamientos, luego dijo:

—La hermana Sabina va a venir a la comunión, ¿verdad?

Ella quedó desconcertada de nuevo por la pregunta de aquel niño, que si bien era de buena constitución física, su peculiar delgadez obedecía a que su organismo rechazaba la mayoría de los alimentos, por lo que estaba sometido a una dieta muy restringida. Él tenía una estrecha amistad con Natalia y especialmente con Angelines. Además ella sabía que estuvo bastante unido con la hermana Sabina, quien le mostraba una deferencia particular, al igual que la madre superiora que le tenía un gran cariño.

—¿La echas de menos?

—Sí, hermana, Teresa. He pensado mucho en ella desde que se marchó. Ella siempre fue muy especial conmigo. Se lo pregunto porque ella también estaba en mi sueño. Tenía una cara muy triste y a la vez alegre, y no entiendo esa

contradicción. Pero yo me contento mucho, porque estoy seguro de que hoy podré verla —y al decir esto sonrió con optimismo.

—Eloy, yo tampoco sé nada al respecto —dijo la hermana Teresa poniendo una mano sobre su hombro—. Si va a ser como lo viste en tu sueño estás más enterado que yo. Desde que Sabina se fue no he vuelto a tener contacto con ella, ni tampoco tengo información de que vaya a venir hoy u otro día. Anda, regresa a la fila y tranquilízate. Veamos qué nos trae el día de hoy, que nada habrá de pasar que no sea para el bien de todos. Y eso es algo que yo casi podría asegurarte.

Observándolo regresar a la fila, no dejó de darle vueltas a sus palabras. ¿Qué iba a pasar ese día? Aquella pregunta, conjurada por boca del niño, no la ayudaba en nada para alejar de sí la preocupación que la mortificaba en silencio; sin tener con quién compartir la pesada carga de lo que sabía y de lo que no sabía. Porque tenía claro que iban a ocurrir cosas de gran importancia, e intuía algunas consecuencias de tales sucesos, pero desconocía la forma en que sucederían y cómo los afectaría.

Por otro lado estaba su inquietud por la salud de la niña, ya que conocía de sobra que no era buena. El año anterior, después de haberse preparado, la precoz jovencita no había podido hacer la comunión como ella quería, debido a que había estado muy enferma. Este otro año, el médico hubiera preferido que no asistiera. Sin embargo, fue tanto lo que la niña insistió y la forma en que lo hizo que, finalmente, aunque no de buen grado, el galeno dio su autorización con algunas reservas, para que asistiera al acto con sus compañeros en lugar de recibirla ella sola en la

capilla del convento.

Allí de pie, la hermana Teresa no podía apartar los ojos de aquel ser tan inusual, a quien amaba de forma tan profunda y particular. Por aquella niña, si fuera necesario, ella entregaría su vida muy gustosa, con absoluta complacencia y dando las gracias a Dios por permitiríselo.

Teresa no se engañaba. Conocía muy bien que la preocupación por la condición física de Angelines, si bien delicada, no era la causa que la tenía con el corazón en un puño y el alma en vilo. Era lo otro, aquello que habría de suceder, y a lo que ninguna persona ni fuerza alguna en este mundo podría oponerse. ¿Pero qué era lo que iba a suceder hoy, exactamente?

Ella se había hecho una pregunta similar, una madrugada algunos años atrás, aunque fue por otras circunstancias muy distintas.

Su mente, vivaz e intranquila, no pudo evitar escaparse. Voló ocho años hacia el pasado, al día en que una cascada de increíbles acontecimientos se había iniciado. Todos resultaron de tal grado que, ya bien entrada en la madurez como ella estaba, llegaron a cambiarla profundamente, de maneras impactantes y en formas inesperadas y por ningún humano soñadas. Su vida, que hasta aquel entonces había sido tan rutinaria, tan común y tan simple, dio un giro total, trocándose por otra más rica y provechosa.

La llegada al convento

Aquella lejana mañana, la hermana Teresa salió por las puertas de su convento con dos maletas por todo equipaje. Dejaba atrás una etapa de su vida y se aprestaba a encarar una

nueva, con el marcado optimismo que ofrecían unas gratas expectativas. Muy para sus adentros había murmurado: «Veamos qué cosas suceden hoy».

Luego de un transbordo y un total de siete horas de viaje, el tren se detuvo en la estación de su destino. Ella bajó al andén cargando con sus dos pequeñas maletas, una en cada mano, pues le resultaba mucho más cómodo equilibrarse con ellas que con una sola más grande.

Nacida en el campo, observó el cielo con ojos escrutadores. Era una hermosa tarde del primer domingo de una primavera que, como cosa extraña, llegó adelantada ese año. El sol calentaba de manera muy reconfortante. Los rayos se filtraban a través de un cielo parcialmente cubierto con nubes de altos cúmulos, que parecían un montón de copos de algodón o un rebaño de blancas ovejas, creando la formación del típico cielo aborregado que, lenta y perezosamente, se iban disgregando. Con verdadera fruición aspiró el aire. Se sintió bien. Aquella ciudad tenía un ambiente que le agradó. Resonaba con ella de forma placentera.

—Es un excelente comienzo —se dijo en voz baja—. Parece que la ciudad y yo congraciamos, y eso ya es importante. Sí, señor, veamos entonces qué cosas suceden hoy.

Preguntó la dirección que necesitaba y, a buen paso, se encaminó por las calles. Aprovechó el paseo para contemplar detalles arquitectónicos de los edificios, particularmente los más viejos; también para mirar algún que otro escaparate de tiendas. De joven siempre le había gustado ver las vidrieras, incluso cuando no llevara en el bolsillo ni un céntimo con que comprar. Pero una cosa

nada tenía que ver con la otra, al menos para ella.

En unos veinte minutos, su grato y distendido paseo la llevó hasta lo que bien podían considerarse las afueras de la ciudad, donde divisó el convento y colegio al que había sido trasladada.

Desde el exterior, así visto, a las primeras de cambio parecía un lugar austero, aunque agradable. Ya le habían dicho que lo era. En su congregación se le tenía como un lugar muy especial. Se consideraba un gran privilegio estar en él; muy pocas hermanas lo lograban. Pero no había encontrado alguien que pudiera decirle la razón. A sus cuarenta y siete años de edad era su primer destino desde que, poco menos de quince años antes, ingresó en la vida religiosa en aquella orden que se fundara inicialmente hospitalaria.

La edificación del convento se encontraba dentro de una gran finca, que estaba rodeada por un alto y regio muro perimetral que, desde la calle, apenas dejaba atisbar una pequeña parte de los techos y el campanario de la iglesia.

Teresa estimó que el lado amurallado que tenía ante sí contaría unos trescientos metros de largo, ocupando una larga calle completa. Hacia su mitad, el acceso principal estaba formado por un enorme arco peraltado. En el clave aparecía labrado, en alto relieve, un sencillo escudo heráldico cuartelado, con dos cruces y dos mitras opuestas unas y otras, sin ornamento exterior y sin divisa alguna. Pensó que sería interesante averiguar a quién perteneció. Curiosamente, al lado había una cruz templaria inscrita dentro de un círculo. En el centro, donde los cuatro brazos convergían, tenía un ojo abierto. El hecho le pareció todavía más interesante, por lo inusual. Porque ella no

tenía ninguna información que le indicara que allí hubiera habido alguna vez un emplazamiento templario, sino a varios kilómetros.

El soberbio portón estaba compuesto por dos grandes hojas de muy gruesa madera, oscurecida por la acción del tiempo. La reforzaban una gran cantidad de gruesos remaches, pernos y fuertes herrajes. Parecía como si el conjunto hubiera sido construido y dispuesto para resistir los embates de arietes y carneros, durante algún asedio enemigo. Era comparable al de un castillo en sus generosas dimensiones, muy necesarias, en la época de su construcción, para dar adecuado paso a jinetes, carretas con carga, calesas y grandes carruajes con varios tiros de caballos, mulas o yuntas de bueyes. Y tan conveniente ahora para el acceso de vehículos automotores de todo tipo y tamaño.

En un lado, bien grabada en la piedra, en una inscripción con caracteres del castellano antiguo, se podía leer:

Caminante, caballero, despojaos de todo título, honores, posición y pretensiones mundanas, antes de cruzar por estas puertas. Vestid la túnica de la humildad y seréis bienvenidos, porque aquí todos reciben igual trato, sin distinción alguna de condición. Entrad sin esperar recibir y recibiréis lo que no esperabais encontrar; pero que buscabais sin saber.

—¡Caramba! ¡Qué interesante! ¡Qué será lo que yo estoy buscando sin saber? Me parece que va a ser muy interesante averiguarlo —se dijo ella en voz alta, algo divertida.

No vio timbre, intercomunicador, tirador de campanas ni nada dispuesto para llamar. De modo que accionó lo único que encontró, que era la aldaba de un postigo en la

hoja izquierda, para dar acceso a caminantes, uno a la vez. Encontró el paso franco, entró y cerró tras de sí.

Por unos momentos se quedó inmóvil al otro lado, sin aliento. No era para menos. Se encontró con un mundo de fascinación, con otra dimensión alterna, como si hubiera atravesado una brecha en el tiempo. ¿Había cambiado el clima también o era su imaginación? Porque se sentía más cálido que afuera.

Ante ella se abría una amplia calzada empedrada, que se extendía por un centenar de metros o más. Dividía en dos una suerte de hermosos jardines y vergeles. Allí la primavera había hecho su explosión y la mano de la naturaleza regó, con bien desenfadada generosidad, flores silvestres de multitud de colores, tamaños y formas. La mano del buen jardinero había intervenido también, para sembrar multitud de otras variedades en primorosos macizos y arreglos caprichosos, en un verdadero derroche de imaginación y gusto exquisitos.

Por aquí y allá había también amplios sectores de terreno labrado y dedicados a huerta, algunos mostrando sus frutos crecer para la cosecha; otros, dispuestos para recibir la siembra. Por su larga experiencia, ella estaba segura de que proveían una buena abundancia de coles, verduras, tubérculos y legumbres en general. Comprendió que aquellos productos servirían muy bien a la cocina del convento, cubriendo de forma muy conveniente sus necesidades de hortalizas.

Con aquella peculiar mezcla de huertas y de exquisitos jardines, en la finca se había logrado una bien equilibrada presencia vegetal de gran solaz para el espíritu, y de indudable utilidad para el cuerpo. Y donde el espíritu y la materia se encuentran en equilibrio, la mente está en paz y

bien dispuesta.

Todo aquello le hacía preámbulo al edificio principal del convento, maciza construcción pétrea de principios del siglo XII, con tres pisos y una torre campanario a un lado. El conjunto se hallaba enclavado en una finca que tenía unas cuarenta hectáreas profusamente arboladas, con terrenos de cultivo muy fértiles. Era apenas una fracción del terreno que una vez tuvo.

Demarcando y defendiendo toda la propiedad cual celosos vigilantes, los pinos, fresnos, robles, espinos y otras variedades se alineaban con perfecto orden a todo lo largo de los altos muros. Por los laterales del convento crecían árboles frutales diversos, descollando algunos que estaban en la apoteosis de su floración.

En la gran mayoría de tantos afamados jardines, en diversos lugares de España y Europa, se había cuidado la perfección de la línea recta y la pulcritud y simetría de los árboles y setos, podados en caprichosas formas artificiales. Al contrario, allí campeaban influencias de otras partes del mundo, puesto que, aparte de la calzada principal y su fin práctico, en todo lo demás se habían evitado al máximo las líneas rectas.

Por aquí y allá, como al descuido, pareciendo haber estado desde siempre, se veían estrechos y sinuosos caminos empedrados cuyas curvas, con todo el propósito, hacían más largo el trayecto para el paseante. De trecho en trecho se podían encontrar bancos de piedra en los que sentarse a descansar, entretenerse en escuchar los trinos de algún ave canora y contemplar un nido o un cantero en floración; revisar con la mirada las alfombras de trébol en busca de alguno con cuatro hojas, leer un libro o el evangelio del

día, lo que buenamente apeteciera.

En las vueltas y recodos de aquellos senderos se encontraban ubicados frondosos árboles centenarios, si acaso no milenarios, junto con estatuas de tamaño natural, grandes macizos de flores y altos setos que impedían ver más allá a quien fuera a pie. Todo ello acicateaba la curiosidad del caminante invitándolo a seguir un poco más, para ver qué otras maravillas le esperaban hasta el siguiente recodo.

La calzada vehicular desembocaba en una gran redoma que, en sus buenas épocas, permitía holgadamente dar vueltas a las carretas y sus enganches de caballos, que cargaban frutas y verduras del excedente que se llegó a producir para la venta en los pueblos aledaños. También a los carruajes con personas, quienes accedían a una amplia galería tras salvar cinco peldaños. Era una arcada que se extendía a todo lo ancho del edificio, techada con grandes lajas de pizarra negra. En los momentos caniculares del verano, aquel corredor daba sombra y frescor a la fachada principal de la planta baja.

Justo en el centro, perfectamente alineada con la calzada, en un arco de fábrica con dovelas de piedra de color más claro que el resto de los muros, se ofrecía la entrada principal del edificio, cuya puerta abierta invitaba al caminante a franquearla con confianza.

Aquel era el edificio *viejo*, el monasterio original y que seguía funcionando como convento. Porque en el extremo opuesto, separado y con entrada independiente por otra calle, desde hacía treinta años había un nuevo edificio. Se había construido como colegio, con régimen mixto de internos y externos, y ayudaba al convento en su sostenimiento económico.

La hermana Teresa caminaba con lentitud, midiendo sus pasos, extasiada en la grata contemplación de aquellos jardines que llenaban todos sus sentidos. Ya llegando a la plazoleta, le llamó la atención la gran concentración de mariposas por el lado derecho. Describían círculos sobre un pequeño espacio de jardín, cerca de unos setos, mientras una nutrida bandada de aves cantaba con alegres y sonoros trinos en un árbol cercano.

Sobre la abundante hierba, parcialmente a la sombra de un macizo de flores con predominio de tulipanes, creyó que algo se movía. Dio unos pasos más. A unos ocho metros, sentado en el suelo alcanzó a ver un bebé que apenas tendría un año. Vestía el pañal y una blanca camiseta de algodón sin mangas. Destacaba entre los verdes colores de hojas y grama, los blancos y amarillos de las margaritas, el rojo de las amapolas y el vivaz morado de los jacintos.

La criatura tenía el cabello tan negro como la misma noche, reluciendo como ungido en aceite. Mostraba una sonrisa radiante, como solamente un niño puede tener, que dejaba ver un par de blancos y pequeños dientes. Jugaba con algo que parecía una manguera de jardín. No se veía a nadie por los alrededores, a menos que estuviera oculto tras algún arbusto o seto, por lo que la presencia del bebé le resultó extraña y desconcertante a Teresa.

Pensó que, forzosamente, algún adulto tenía que andar cerca cuidando a la criatura, pues no podía ser de otro modo. Pero seguía sin ver a nadie.

Dejó las maletas en el suelo y se acercó unos pasos. Ahora notó en el cabello del bebé un primoroso lazo de color rosa, por lo que asumió que se trataba de una niña. Sonrió de inmediato, al darse cuenta de que aún no había podido

deshacerse de ese viejo cliché, que asociaba algunos colores con el sexo de los niños.

Dio otro par de pasos y se detuvo en seco. Un grito trató de escapar de su boca, pero se le ahogó en la garganta. Teresa quedó virtualmente convertida en una estatua de piedra. El corazón le saltaba alocado, queriendo salirse del pecho, resonando en las sienes. Los ojos y pupilas se le abrieron al máximo posible, mientras que la frente se le cubría de abundante sudor.

¡Estaba aterrada!

Una enorme, gruesa y oscura serpiente estaba en el suelo, extendida sobre las piernas de la niña, que le pasaba las manos por la escamosa piel como si acariciara la suave piel de un gazapo.

Con más claridad de la que hubiera querido, Teresa pudo apreciar la gran cabeza triangular del animal y su lengua bífida, que exploraba el aire en dirección hacia el lugar donde ella estaba paralizada y enmudecida.

En la siguiente fracción de segundo, una vez que su cerebro procesó la realidad que sus ojos contemplaban, quedó sumida en su personal y particular terror. El frío de la frente se le extendió a todo el cuerpo. La sangre abandonó el sistema circulatorio agolpándose en el corazón, ya casi detenido. La palidez de su piel parecía mortal y su vista se nubló por completo.

Su sistema defensivo, para evadirla del intenso momento y evitar que su organismo colapsara, sacó su mente de allí. La empujó hacia el pasado con la potencia con que un avión es lanzado al aire por la catapulta de un portaaviones.

Transcurría un caluroso medio día de verano en la provincia de Toledo. Teresa contaba con poco más de once años. Estaba sentada sobre unas rocas ciclópeas en la vasta hacienda de unos amigos de su padre, donde se encontraban disfrutando de unas vacaciones.

Hacía esfuerzos por contener la risa, mientras miraba hacia abajo y escuchaba a hurtadillas. Su hermano Javier se había perdido un par de horas antes y habían salido a buscarlo. Con casi diez años de edad él era el segundo de los cinco hermanos, sin contar el que ya su madre gestaba.

Ella lo había encontrado y se divertía observando lo que hacía. En ese momento, el niño estaba sentado a los pies de aquella formación rocosa, y mantenía un monólogo con un perro que estaba a su lado. Era uno del cabrero que tenía sus animales en aquella finca.

—Bueno, Poly, ahora sí que pusimos la gran torta. Me parece que nos hemos perdido. Hemos dado un montón de vueltas y no sé en dónde estamos. ¿Tú no sabrás regresar?

El pequeño perro lo miraba moviendo la cola, esperando que él se levantara para continuar con el jugueteo que antes tenían.

—¡Pero no importa! —continuó diciendo locuaz y animado—. Después de todo, ¡al fin soy libre! Ya mis padres no me estarán mandando ni habrá nadie a quien obedecer. No tendré tampoco que ir a comprar el pan en las mañanas ni a buscar la leche en las tardes. ¡Siempre yo, siempre yo! ¡Como si ninguno de mis hermanos pudiera hacerlo! Ni tendré que aguantar tampoco las bromas de Teresita. Tú y

yo solos, Poly. ¡Para lo que salga! ¿Qué te parece?

El perro seguía mirándolo, con la lengua afuera y meneando el rabo de lado a lado con rapidez.

—Podremos dormir hasta la hora que queramos — prosiguió el niño con rebosante alegría—. Y nos acostaremos muy tarde en la noche. ¡Seremos dos aventureros como en las historias de Julio Verne! ¿No te parece, Poly? Tenemos todos estos montes para jugar. ¡Oye, podríamos vivir en la casa del guarda, que tanto me gusta! —Bajó el tono de la voz y le decayó el ánimo—. Bueno, espero que la encontremos antes de la noche, porque no recuerdo hacia dónde está. Lo malo es que queda más lejos que la casa de la labranza, donde están todos.

Su voz, hasta entonces valiente, jovial e indiferente, se quebró mostrando la realidad de su sentir.

En ese punto de aquel monólogo, Teresa no pudo aguantar la risa por más tiempo y soltó una sonora carcajada. Niño y perro miraron hacia arriba, sorprendidos, descubriéndola sofocada por la risa. Ella bajó de las piedras. Llegó junto a su hermano y el perro, que meneaba la cola con más rapidez.

—¿Y qué ibas a hacer tú al llegar la noche sin encontrar la casa, ¿eh?, Julio Verne de la imaginación, Emilio Salgari de la aventura? Sí, tú, explorador de las pamplinas. ¿Congelarte de frío? ¡Hay que ver qué tontín eres! ¿Será que nunca vas a madurar?

Su hermano bajó la cabeza y miró al suelo, apenado.

—Yo..., yo...

—Sí, tú. ¿Qué pensabas comer dentro de unas horas, cuando te diera el hambre? Porque tú eres incapaz de atrapar algún conejo, mucho menos un faisán o perdiz.

¿Acaso te ibas a pelear por las bellotas con las piaras de cerdos y los jabalíes? ¿O ibas a recoger aceitunas verdes? Porque en muchos kilómetros a la redonda, hasta llegar a las huertas de don Mariano o los viñedos de Isidoro no hay un solo árbol frutal ni nada. ¿Ibas a poner al perro a cazar lagartijas? Porque tú ni eso eres capaz de atrapar.

Su hermano estaba más apenado a cada momento. Sin atreverse a mirarla, le preguntó tartamudeando:

—¿Cuán..., cuán..., cuánto tiempo llevas arriba de esas peñas, Teresita?

—Bastante, y solo te he escuchado decir tonterías. ¿A quién tratabas de convencer de que todo marchaba de maravillas, al perro? ¿O es que estabas tratando de darte ánimos tú mismo para no llorar?

—Por favor, Teresita, no se lo vayas a contar a nadie, te lo suplico.

—¿¡Qué, oh!?! ¡Claro que lo voy a contar!

—¡No, por favor, Teresita, no lo cuentes o todos se van a burlar de mí!

Javier no aguantó más, los nervios reprimidos se soltaron y arrancó a llorar. Al momento, su hermana sintió lástima y cambió su talante. No podía ver llorar a sus hermanos, porque enseguida surgía en ella su fuerte sentido maternal. Le abrazó y sustituyó su tono burlón e hiriente por otro conciliador. Le dijo con voz más baja:

—Está bien, Javi, no te preocupes, que no diré nada. Era mentira mía. Sé bien que te estarían tomando el pelo por días o durante toda tu vida. Pero es que no tienes ni idea de lo angustiados que están papá y mamá. Todos te andamos buscando como locos, imaginándonos que podías haber metido el pie en un cepo de caza. No sabes lo que costó

aguantar a mamá para que no saliera corriendo ella misma a buscarte, a pesar de estar preñada.

—¿Y tú no..., no estás molesta conmigo?

—¡Coño, Javi! ¡Claro que estoy molesta! ¿Cómo no iba a estarlo? Yo tendría que estar bañándome en el río en lugar de andar por ahí angustiada, corriendo bajo este sol y con este calor de mierda buscándote a ti. ¡Que mira tú hacia dónde viniste a parar! ¿Qué fue lo que te pasó para alejarte tanto?

—De veras que no lo sé, Teresita. —Su voz sonó dolida por demás—. Yo..., yo estaba jugando con Poly. Corrimos siguiendo unos conejos, después fue unas perdices que el levantó. Luego... Luego yo quise ver unos árboles, después quise subirme a unos peñones muy grandes para jugar a escondidas con el perro. Cuando me vine a dar cuenta, nos habíamos alejado mucho y no logré reconocer nada. Todas la colinas parecen igual.

—¿Y eso es todo para ti? ¿Decir que todo te parece igual? Podías al menos haber intentado retroceder sobre tus pasos. ¿O tampoco?

—No sé lo que me pasó, de veras, Teresita; yo creí que lo hacía y resultó que me perdí más. Estoy confundido. No tengo idea hacia dónde está la labranza.

—Ay, Javi. ¿Cuándo dejarás de comportarte como un crío? ¡Vaya esperanzas que tengo contigo! Bueno, ya no importa, porque lo que cuenta es que estás bien. Pero que te sirva de lección, ¡eh! Javi, hay que poner atención a lo que se te dice, que es por tu bien.

—Sí, lo sé.

—De todos modos te quedaba también el recurso de Poly. Como es uno de los perros del cabrero conoce todos estos rincones. ¿Tú de verdad piensas que él está perdido?

¡El único perdido eres tú! No tenías más que haberle señalado hacia la dirección de donde venías y decirle: «¡Al corral, Poly, al corral!» ¡O algo parecido! Él te hubiera guiado, feliz de regresar como hace todas las tardes cuando terminan de pastar las cabras y ovejas. O te hubiera llevado hasta donde el cabrero y el rebaño se encuentran en este momento. ¿Tampoco sabías eso? ¡Tú no eres un niño de ciudad, Javi, y ya vas a cumplir diez años!

—Sí, Teresita, yo... Yo lo sé, pero estaba muy distraído jugando. Cuando vi que estaba perdido me asusté y no pensé en ello.

—¿Tampoco recuerdas que el cabrero nos dijo que si nos llegábamos a perder bajáramos hacia el río? ¿Que desde allí siguiéramos el curso del agua hacia abajo, hasta encontrar alguno de los puentes?

—¡Sí, Teresita, claro que recuerdo ahora lo del río y los puentes! Y que si encontrábamos el puente de madera y el molino nos devolviéramos río arriba, hasta el puente de piedra, que es el del camino de la casa de la labranza.

—¡Ah, so tonto olvidadizo! Para que tú veas qué sencillo era hagamos lo que tenías que haber hecho. Sigamos colina abajo y llegaremos al río, ya verás. ¡A que no me alcanzas!

Así diciendo salió a la carrera, sorteando piedras y arbustos, seguida por su hermano y el perro que ladraba contento con el juego.

Un rato después, entre gritos y carcajadas, tras atravesar un tupido campo de altos arbustos de romero, se encontraron ante una pequeña explanada tapizada de gramíneas y flores. Por el medio corrían las aguas de un río poco importante que delimitaba la propiedad, justo donde el fondo de dos cadenas de colinas se unía formando la

vaguada natural. En algunos lugares, el río se ensanchaba hasta formar amplias playas arremansadas. En otros, los más, la erosión de los siglos había escavado el terreno y las aguas se encauzaban flanqueadas por un escarpado terreno rocoso.

—En este caso, como yo sé bien dónde estamos —le dijo Teresa a su hermano—, no vamos a seguir río abajo. En un kilómetro o menos encontraríamos el puentecito de madera que va al viejo molino; pero no tendríamos que devolver. Ya hemos perdido mucho tiempo y yo estoy que me derrito. Así que, de una vez, vamos a seguir el río hacia arriba, hasta encontrar el puente de piedra.

Siguiendo el curso contrario de las aguas, recorrieron unos trescientos metros por el sinuoso y accidentado caminito que bordeaba el río. Llegaron al llamado pozo de las mulas, un amplio estanque de oscuras aguas verdosas. Los cuentos populares decían que, antaño, se cayó allí una recua de cinco mulas cargadas con leña de algarrobo y encinas, sin que nunca las pudieran encontrar, de profundo que era.

Poco después de pasar el pozo, al doblar un recodo divisaron el puente de piedra. Cerca de él encontraron a su madre y sus demás hermanos, así como algunos otros familiares, quienes aprovechaban para bañarse en las refrescantes aguas escapando del calor. Todos corrieron hacia ellos vociferando.

—¡Javi, Javi! ¿Estás bien hijo, no te pasó nada?

—No, mamá, no me pasó nada. Estoy bien. Solo me perdí un poco, pero Teresita me encontró.

Su hermana Corabel, de ocho años, señaló hacia las ropas de su hermana y gritó:

—¡Teresita, estás llena de bichos! ¡Y Javi también!

Los dos se encontraban cubiertos de pequeñísimos bichitos oscuros, de diferentes tamaños. Teresita los reconoció y gritó a su vez:

—¡Garrapatas, estamos llenos de garrapatas!

El tío Pepe, que llegaba en ese momento, les dijo:

—¡Ah, par de tontos! Seguro que anduvisteis metidos por entre los piornales de romeros, que están cundidos de ellas esperando a que pase el ganado. ¡Corred y os metéis de cabeza en el agua!, antes de que les dé tiempo de clavarse y comiencen a chupar, que luego es más difícil sacarlas.

Sin pensarlo dos veces, los dos se lanzaron al agua sin quitarse la ropa.

Hacia las tres de la tarde, ella jugaba con sus hermanos Corabel y Javier buscando tortugas, cincuenta metros más abajo, cuando oyeron que les daban voces llamándolos a salir del río. Era la hora de subir hasta la casa de labranza para almorzar.

Teresa y Corabel caminaban por el medio del río, que en aquel lugar se ensanchaba bastante, aunque alcanzaba tan solo uno o dos palmos de profundidad. Las dos iban distraídas, cosa que Javier aprovechó para montar una de sus travesuras. Comenzó a gritar a sus espaldas, mientras corría hacia ellas dando grandes e intencionales saltos con sus largas piernas, mirando en el agua tras de sí como si escapara de algo.

No necesitó decir nada. Por esas peculiares asociaciones que la mente nos juega en ocasiones, sabiendo ellas que por allí había culebras, de las que ya habían visto y ahuyentado a varias, las dos supusieron que se trataba de eso. Gritaron a pleno pulmón y salieron despavoridas hacia la orilla. Javier,

atacado de hilaridad ante los gritos y aspavientos que sus hermanas hacían para salir del agua cuanto antes, tratando una de llegar primero que la otra, cayó sentado en medio del río desternillándose de la risa.

Fue Teresa quien llegó a la pedregosa orilla primero. Tropezó, trastabilló unos pasos y estuvo a punto de caerse de bruces, cosa que no llegó a suceder por muy poco. Pero metió un pie entre ramajes sueltos que se encontraban en la orilla, notando que pisaba en blando. Algo frío y flexible se enrolló en su pierna derecha. Sentir eso y un agudo pinchazo en la parte trasera de la pantorrilla fue todo uno.

Teresa gritó, esta vez por el dolor y la sorpresa, y escuchó un siseo. Una culebra de un color verde oscuro, casi marrón, estaba alrededor de su pierna. Al darse cuenta de que la había pisado levantó el pie, pero sintió un nuevo pinchazo, algo más abajo que el primero. Logró saltar y se separó unos cuantos pasos, lejos del reptil que se revolcaba enrollándose en sí mismo, evidentemente maltratado por el fuerte pisotón.

Teresa no lloraba, tampoco se movía. Había quedado paralizada por el terror que estaba sintiendo al ver a la culebra retorcerse; también por el dolor que le llegaba desde la pierna, donde aún creía sentir el repulsivo contacto.

Su rostro estaba pálido y el sudor le corría por el cuerpo.

Sus ojos ni pestañeaban, no podían apartarse del animal y sus movimientos.

En su mente solo había un pensamiento que, de forma machacona e insistente, clamaba:

«¡Me picó, me picó una víbora! ¡Voy a morir, voy a morir!».

Sus dos hermanos estaban pálidos también, asustados por haber presenciado lo sucedido. Javier doblemente, por

el sentimiento de culpa. Habían llegado hasta su lado y la llamaban por su nombre. Pero ella no los oía. Sus sentidos percibían nada más a la culebra que, en ese momento, tras arrastrarse hacia el agua se alejaba río abajo siguiendo la corriente. Teresa escuchaba la voz de sus propios pensamientos que, aterrorizados, continuaban gritando en su cabeza:

«¡Voy a morir, voy a morir!».

Su padre, alarmado por los gritos, llegó a su lado a toda carrera, la tomó por los hombros y la zarandeó. Ella logró salir del estado casi catatónico en que se encontraba. El hombre, que aún no sabía lo sucedido, angustiado al ver el semblante de Teresa le decía algo con voz fuerte. Ella pudo al fin escuchar que le preguntaban:

—¿Estás bien, hija mía, estas bien? Contesta, Teresita, ¡contéstame!

—Me picó, papá. La víbora me picó dos veces. Voy a morir, voy a morir —logró balbucear antes de desmayarse.

Para su buena fortuna no se trató de una serpiente venenosa, sino una simple culebra de río. De todos modos, las dos mordidas dieron bastantes problemas, a causa de una infección que la mantuvo en reposo el resto de las vacaciones y le arruinó el verano.

De aquella experiencia de la niñez, en su pierna no quedaron más marcas físicas que unos pares de diminutos puntitos, que con el tiempo ni se apreciaban. Pero las secuelas psicológicas de aquel traumático incidente quedaron fuertemente gravadas en su mente. Desde entonces, la aversión que Teresa tenía a los ofidios fue extrema, convirtiéndose en fobia. Ella no podía verlos ni siquiera en película o en pintura, pues el terror tan grande

que le producía su sola visión le ocasionaba un temblor casi convulsivo y se paralizaba, quedando sin capacidad de reacción.

Un juego muy peligroso para un bebé

A la hermana Teresa se le aclaró la visión. Con la misma brusquedad con que su mente había ido a recordar la niñez, regresó de ella.

Tomó conciencia de la situación presente sin saber qué hacer.

No se atrevía a gritar para pedir ayuda, por temor a que la niña hiciese alguna clase de movimiento que alterara a la serpiente. La pequeña, contenta en su inocente juego emitía chillidos de satisfacción, aún con la serpiente agarrada, ajena al peligro que para su vida representaba aquel venenoso animal.

De reojo, la hermana Teresa vio un azadón de labranza que estaba a un par de metros a su izquierda. En su cabeza danzó la peregrina idea de atraer hacia sí la atención del reptil, para alejarlo de la niña. Aborrecía las serpientes, le causaban un profundo desagrado y temor y, dada la situación, no vacilaría en darle en la cabeza con el azadón. Si acaso lograba vencer la rigidez que la mantenía clavada al suelo, con ambos pies embutidos en un bloque de hormigón.

Con un extraordinario esfuerzo de voluntad, potenciado por el peligro que otro ser corría, logró sobreponerse un poco a la inmovilidad y dio un pequeño paso, luego otro. Iba para el cuarto o quinto paso, cubierta de frío sudor y ya cerca del azadón, cuando el animal se irguió mostrando su vientre amarillento. Elevó su enorme cabeza por encima

de la criatura sentada en la hierba. El peculiar silbido que emitió resultó claramente amenazador y escalofriante.

Teresa dio un respingo y se detuvo con el miocardio a punto de infartarse. Sabía que si la serpiente corría hacia a ella la alcanzaría en un instante. Pero tenía que seguir acercándose al azadón, para atraer por completo la atención del reptil y poder tener alguna oportunidad frente a él. Quizás lograra alejarlo de la niña, aun cuando la mordiera a ella. Así que, sacando fuerzas no sabía de dónde, dio un par de pasos más.

—¡No siga! ¡Alto, no siga moviéndose! ¡Deténgase!

Volteó hacia atrás, muy sorprendida. Quien había dicho aquello era una joven monja que apareció procedente del convento.

—Retroceda, hermana, retroceda despacio. Aléjese de ese azadón y venga hacia aquí, por favor se lo pido, se lo suplico —dijo sin alzar la voz demasiado.

—Creo... creo que no voy a poder.

Teresa logró balbucearlo apenas en un murmullo que la otra logró escuchar a pesar de todo.

—Sí, sí que puede. ¡Hágalo!

De alguna manera, influenciada por lo que fue una orden tajante más que una petición, la hermana Teresa logró retroceder de espaldas, lentamente, paso a paso, sin quitar los ojos de encima a la serpiente; pero poniendo distancia entre las dos, hasta alcanzar el empedrado de la plazoleta a la altura de la otra monja. Una vez allí logró susurrar, pues su voz parecía estar aún congelada en su garganta:

—Pero esa..., esa serpiente puede picar a la niña.

—No, no lo hará. Cálmese usted, por favor.

La otra monja lo dijo con voz tranquila, en un tono que

seguía siendo autoritario e imperativo, aunque no descortés:

—¿Pero cómo puede afirmar eso? ¿No vio cómo se puso de agresiva? —Teresa replicó en un tono de voz ya algo más alto que un susurro, con lo que mostraba que se iba recuperando algo—. En cualquier momento puede atacarla, no entiendo cómo aún no lo ha hecho. Dios mío, protege a esa criatura. ¡Ay, mire, mire usted cómo la nena la agarra!

Teresa lo dijo con un enorme horror en la voz y el rostro todavía más pálido, si acaso era posible. Las piernas le fallaron y la otra monja, con gran presteza, tuvo que sujetarla para evitar que cayera al suelo.

La niñita había cogido con sus dos manos a la serpiente, tiraba de ella y logró que bajara otra vez a nivel del suelo. La acariciaba y seguía emitiendo aquella suerte de sonidos entre risitas, chillidos de ardilla juguetona y graciosos gorjeos de ave canora, mostrando su felicidad.

—No lo hará, hermana. Créame usted lo que le digo. Por el amor de Dios, créame —insistió la otra hablando con rapidez—; la serpiente no le hará nada. Pero cálmese, porque está usted muy excitada y eso es lo que alteró al animal. Mire, ya parece que se ha tranquilizado.

En efecto, la serpiente parecía relajada al contacto con las manos de la niña. Dio una vuelta lenta a su alrededor. Se enrolló y desenrolló de ella con suavidad, casi se podría pensar que en un abrazo de despedida, y se alejó reptando con toda parsimonia. En el último instante, la niña todavía logró agarrarla por la cola, dándole un pequeño tirón. La hermana Teresa abrió los ojos como platos y creyó que ahora sí se desmayaba.

El animal se detuvo y volteó la cabeza con tranquilidad,

sin signos de enojo. Por unos momentos, con sus fríos, inexpresivos e inmóviles ojos, la serpiente miró a la niña fijando su imagen. Vibró su lengua en el aire, agarrando las últimas moléculas de su aroma. Luego se zafó de la pequeña mano y continuó su retirada hasta desaparecer por el jardín, entre los macizos de flores y arbustos.

La hermana Teresa permaneció inmóvil, un tanto rígida. La otra monja, con un paso rápido y natural, se acercó a la niña con una tranquilidad tal como si nada hubiera sucedido. La pequeña le tendió las manos riendo. Ella la cogió en brazos con una sonrisa y enorme dulzura, a la vez que con su hablar alegre le decía:

—Angelines, preciado regalito de Dios, alegría de este convento, luz de nuestros ojos y sosiego de nuestras almas. No puedo creer lo rápido que tú desapareces para la piojita que eres. Aún no levantas tres palmos del suelo y ya andas por ahí sola, como volando prendida del viento. —La niña reía escuchándola y le agarraba la cara con las manos—. Sí, te volviste a escapar al jardín, tú solita otra vez, para jugar con los rayitos del sol, las flores y las mariposas; abejitas, pajarillos, sapitos, ratoncitos y con todos los bichitos y animalitos del Señor que salen a tu paso. Y mira que con esta serpiente tan grande, que hoy te vino a visitar, le has dado un buen susto a la nueva hermana, porque ella no te conoce y pensó que corrías peligro. Dime qué haremos cuando camines sola y puedas corretear libremente, como un cervatillo, si ya no paras quieta ni un minuto.

La hermana Teresa, aún con signos de alteración y, además, totalmente confundida escuchando lo que la otra le decía a la niña balbuceó:

—Pero... yo no entiendo. Por un instante pensé que la

serpiente atacaría a la criatura, por la forma como se puso.

—No, hermana. Se me hace evidente que la culebra llevaba rato ahí, pero solamente reaccionó con agresividad cuando usted llegó y la vio. Yo he andado bastante entre ellas y las conozco bien. Alcancé a observar que usted trataba de llegar hasta el azadón y puedo suponer con qué intención fue. Me lleva a pensar que fue su presencia quien la alteró de alguna manera, quizás por los pensamientos y actitud hostil hacia ella, cosa que los animales sienten.

Las últimas palabras y tono de voz de la joven monja se volvieron un poco duras, y denotaron un cierto grado de censura, aunque su actitud seguía siendo cortés. Volvió al tono de voz suave y agradable que parecía habitual en ella, y prosiguió diciendo:

—La serpiente reaccionó ante lo que percibió como un peligro para ella, se sintió amenazada por usted, no por la niña, con la que tenía rato. Fue contra usted que reaccionó dándole la advertencia de que se mantuviera alejada. Cuando se logre controlar un poco más y su reciente estado de excitación se vaya calmando, podrá reconocer que cuando se alejó del azadón y la culebra, dejando de pensar en lo que hubiera sido que pensó hacer, el animal siguió tan tranquilo junto a la niña, como había estado antes. Pero ya con la presencia de nosotras dos decidió irse.

—¿¡Qué, oh!?! ¡Jesús bendito! ¿Qué quiere decir con eso, hermana? ¡No entiendo su actitud! Parece restarle importancia a tan gravísimo incidente que, a todas luces, representó un riesgo de muerte para esa bebida. A mí no me queda ninguna duda de que esa enorme serpiente venenosa pudo haberla matado. ¡Solo me falta que venga usted a decirme que era la mascota de la niña!

—Hermana, lo crea o no, era usted quien me preocupó, no la niña.

La monja la atajó al ver que Teresa iba a seguir diciendo algo. Pero en su rostro había una sonrisa, su tono de voz era dulce y el ánimo apaciguador, pues le resultaba claro que la otra se encontraba todavía bastante alterada. Le dijo:

—Yo me atrevería a asegurarle que si esta niña entrara en la jaula de una tigresa con crías, el animal tan solo ronronearía como un gatito y lamería afectuosamente su cara, como si acicalara a uno de sus propios cachorros. —Dejó escapar una breve y alegre risa. El brillo en sus ojos aumentó, como si imaginarse la posibilidad de la escena que narraba le causara diversión; luego prosiguió y dijo—: Pero no me pregunte ahora sobre cosas que yo no podría explicarle ni usted tampoco alcanzaría a entender. Nada lograremos las dos enfrascándonos en discusiones sobre este suceso. Acepte mi palabra de que esta preciosa y singular criatura no se encontraba en peligro, por más que las apariencias le mostraran a usted otra cosa.

Teresa dijo con fuerza, aún de mal humor:

—¡Pues todas las apariencias me indicaron lo contrario!

—Sí, supongo que así fue —dijo la otra con tono conciliador—. Lo ocurrido ha sido una situación extraordinaria para usted, incluso para mí, he de reconocerlo. Deduzco que tiene fobia a las culebras, y lo que sus ojos vieron quizás haya podido nublar totalmente su mejor razonamiento. No podría culparla por ello. Sin embargo, como todo tiene un propósito en los designios de Dios, puedo asegurarle que la explicación satisfactoria, para lo que usted ha pasado aquí hoy, tendrá también su instante, razón por la que le suplico tenga un poco más

de paciencia. —Su actitud estaba logrando apaciguar la incipiente ira que, sus palabras anteriores, habían levantado en el ánimo ya suficientemente alterado de la recién llegada—: ¿Ve aquel enorme chorro de fuego que llega al cielo?

—¿Qué fuego? Yo no veo nada —dijo Teresa.

—El día que usted logre verlo entenderá todo. Por el momento permítame darle la bienvenida al convento. Ha de ser la hermana Teresa. Yo tenía que haber ido a esperarla a la estación, pero... En fin. Soy la hermana Sabina.

—Está bien. Muchas gracias por su recibimiento.

Teresa lo dijo cambiando su actitud de antes a un talante más sosegado. Al desaparecer de su vista la serpiente se iba reponiendo, como le solía suceder en esos casos. Poco a poco también, el nivel máximo de alerta de su cerebro y su ritmo cardíaco recuperaban sus usuales frecuencias de trabajo.

—Recibir a una nueva hermana es un placer que raramente tenemos por aquí. —Sabina hablaba mientras la nenita se entretenía en jugar con su cabello y con el crucifijo que llevaba al cuello—. Con respecto a este convento no hay nada que yo pueda hacer o decir para describirlo con toda justicia. Solo puedo decirle que dentro del perímetro de los muros que nos separan del exterior, es un mundo distinto, en muchas y singulares maneras. Aquí no todas las cosas son lo que parecen a simple vista ni nada sucede por derroche o sin propósito. Se me hace que, no tardando mucho, usted logrará entenderlo todo, si es que hay algo que pueda entenderse de manera racional. Cuando ese momento llegue, sabrá a lo que me estoy refiriendo.

—Ya veré cuánto tardo —dijo Teresa.

Regalándole otra de sus agradables sonrisas, la hermana

Sabina añadió:

—Si en este momento hay algo más que al respecto deba decirse y que usted deba saber, no soy yo la bocera indicada para ello, sino la reverenda madre superiora, ante quien tendré el gusto de llevarla de inmediato. Ahora, si es usted tan amable, sígame, por favor. Discúlpeme si no la ayudo con sus maletas.

Dicho aquello, se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia la puerta más cercana del convento, con un paso ligero y largo, diciéndole cosas a Angelines que llevaba en brazos.



FIN DE LOS CAPÍTULO DE VISTA PREVIA

Obras del autor.

Tetralogía Almas Gemelas:

Primera parte.

Faysal al-Akram, el jeque. 978-1500619787

Segunda parte.

Amina y Záhír, dos almas gemelas.

Tomo I: La búsqueda. 978-1482638417

Tomo II: Los esposos de la luz. 978-1484128923

Tomo III: Trebisonda. 978-1490310114

Tomo IV: El retorno. 978-1490987569

Tercera parte

La comunión de los ángeles. 978-1478250432

Cuarta parte:

Amanón, el espíritu de la selva.

Tomo I: El despertar de los siglos. 978-1515382478

Tomo II: El nacimiento de un ángel. 978-1517730208

Amor en Tánger. 978-1514725962

Cuentos De gatos, trenes y un dragón.

ISBN: 978-1492368656

El hombre de la bicicleta rosa y otros cuentos.

ISBN. 978-1496154514

Todas las obras se encuentran disponibles a través de las distintas plataformas de Amazon.

Amazon Autor Central:

<http://www.amazon.com/author/jalfredodiaz>

Sitio web del autor:
<http://www.alfredodiazgarcia.com>

J.Alfredo.Diaz.Garcia@gmail.com